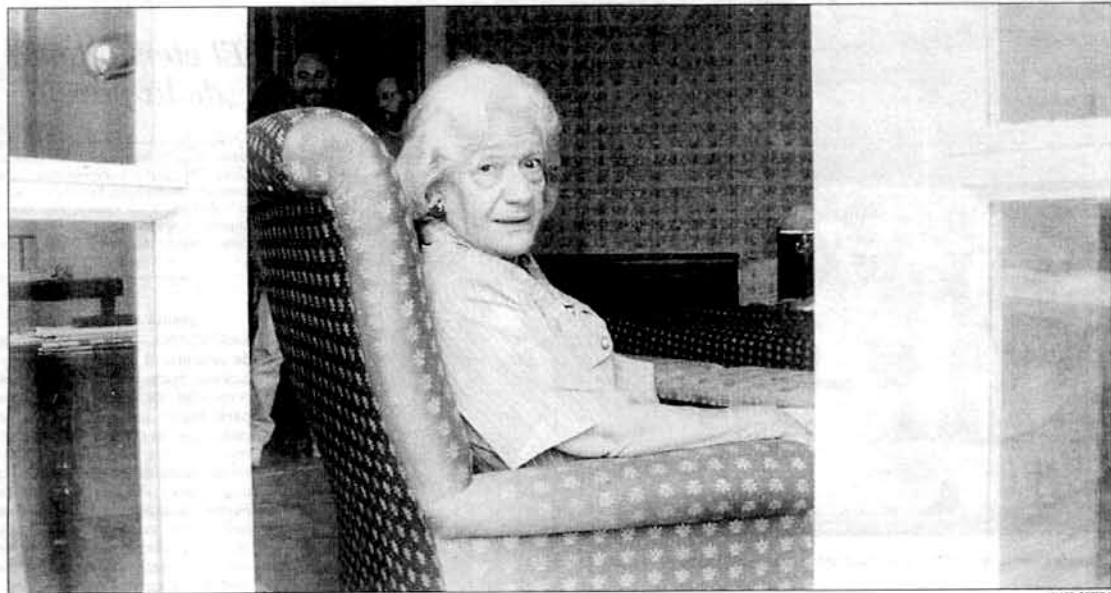


► MILENIUM / LAS 100 MEJORES NOVELAS ◀



La escritora barcelonesa Ana María Matute, durante una de sus estancias en el Palacio de la Magdalena de Santander.

JAVIER COTERA

Nadie finge el papel de abuela con tanta credibilidad, con tanta ternura como Ana María Matute. En las conferencias, en las entrevistas, con su pelo blanco de corte convencional, los trajes estrictos, sin concesiones a la coquetería, alguna joya discreta, perpetuo aire de despiste y la sonrisa siempre preparada, recuerda a la ancianita que en algún lugar del pasado, en algún punto de nuestra infancia, nos contaba cuentos, la abuela, la bisabuela, la yaya generosa y pródiga en historias y caricias, la vieja señora de la casa, que enterró marido, y tal vez algún hijo, pero cuyo amor por la vida siempre ha podido más que el rencor, la depositaria de la memoria.

Pero esa apariencia apacible y cálida no deja de ser, pese a todo, un artificio. Ana María Matute deseó siempre, como ella ha reconocido en multitud de ocasiones, permanecer varada en la infancia; no en la percepción remilgada y dulzona que desde los años adultos se conserva de la niñez, sino en los terrores, las angustias, los miedos y la oscuridad de los niños: el monstruo bajo la cama, los deseos pospuestos hasta Reyes y nunca cumplidos, los extraños que ofrecen caramelos

envenenados, el día en que papá y mamá se mueran. En los terribles cuentos de hadas. Y en sus alegrías absurdas y su entusiasmo por latas viejas y maderas sucias, y juguetes mecánicos y muñecas sofisticadas. Por la nieve y los charcos y las brasas de la fogata en las excursiones, los distintos tipos de árboles y el territorio que hay que defender en el barrio. Porque pese a la confusión y los malos tragos, y la dependencia, cualquier cosa es preferible a hacerse mayor. Cuando se crece, se cede a cambio la candidez. Y la esperanza. Qué triste que cuando comienza el tiempo de cumplir los deseos infantiles, cuando se poseen las fuerzas y los recursos necesarios para ello, los olvidemos.

Para no olvidar la infancia, para no dejarla marchar, Ana María Matute se dedicó a escribir. No fue, puede deducirse, una niña apacible, no creo que sus demonios internos le permitieran

El trago

ESPIDO FREIRE

conocer la paz en demasiadas ocasiones. Quienes se hayan dejado embaucar por las ninfas y las princesas de *Olvidado Rey Gudú* y *Aranmanoth* harían bien en leer entre líneas y descubrir el esparto bajo la trama de seda; o, aún más sencillo, podrían acercarse a las novelas de los años 50 y 60. En ellos los niños poseen una rudeza y una fragilidad conmovedora, los adultos una despreocupación y una falta de remordimientos que llega a aterrar. La escritora estuvo a punto de morir cuando contaba cuatro años, y poco tiempo después enfermó de nuevo gravemente. Los niños, y sobre todo las niñas, que han sentido la muerte cerca, saben demasiado. Se preguntan demasiado, y leen para encontrar respuestas. Cuando no las hallan, escriben para responderse.

Ana María Matute juega a ser la perfecta abuela como la mayor parte de los niños pretenden ser papás y mamás, mientras no les

llaman para que suban a por la merienda. Es otra manera de hacerse invisible, de no ser quien se es, de escaparse de un cuerpo que limita la fantasía, y los imposibles. De niña, con toda probabilidad, ella jugó a ser mayor. Ahora continúa jugando.

Cuando se le pregunta cuál es su personaje preferido, con cual se identifica más, ella responde que tal vez siente mayor ternura por el Trago de *Olvidado Rey Gudú*, un ente liviano, de aire y voz, que por amor al vino y a los humanos, a la tierra, a lo concreto y lo corpóreo, pierde su inmortalidad y sus atributos. El pobre Trago se convierte poco a poco en un ángel caído, en un diosillo ahogado en placeres y en vino, cada vez más vino.

Ana María Matute ha intuido, lo ha revelado en sus novelas, y en sus hermosos cuentos, quizás menos conocidos pero bellísimos, la debilidad del espíritu en el ser humano: es preciso elegir, continuar vivos o ser niños para siempre, cultivar nuestros mundos propios o asomarse al real y comenzar a sufrir, vivir en la ignorancia o recibir el perdigonazo de la verdad. Crecer es necesario, para no continuar aislado en un reducto irreal, para no ser

siempre un trago invisible y sin bases. Pero crecer nos conduce a la autodestrucción, a la devastación que el tiempo y las necesidades humanas causan en nosotros.

Cuando la he visto caminar, tan frágil, me ha desconcertado su desaliento casi palpable, porque no es tanta su edad, y son muchos los que la admiran y la quieren; ha recibido los premios más importantes en lengua española, fue considerada la mejor escritora de la posguerra, logró un respeto como mujer y como autora que nadie consiguió. Y sus historias permanecen, se leen, se recuerdan y se ensalzan. Pero tal vez eso no importe tanto, en el fondo. O no le importe. Los logros pueden satisfacer un ego necesitado, pero el hambre, el afán por comprender no se sacian con nada.

Con muy poca originalidad me he preguntado cuando la he escuchado hablar si esa mujer habrá sido feliz. Si lo es. Atiende a los niños con inesperado calor («ahora no puedo, cariño, pero luego te contaré un cuento muy bonito, ya verás», le dijo en mi presencia a un chiquillo desconocido de cuatro años que se le acercó para pedirle un autógrafo) y se entusiasma en las conferencias como sin duda lo hacía diez años antes; pero que existan momentos de resplandor no significa que los terrores, la cólera («escribo con toda mi rabia», dice, «con el ansia por entender por qué extraña razón he caído en este planeta»), el desconcierto hayan desaparecido.

Se nos enseña que con la edad la sangre se calma, y las preguntas se resuelven, o tal vez pierden su importancia. No lo creo así. Basta con mirar a Ana María Matute para descubrir que existen preguntas sin respuesta, y que los años sólo acrecientan la nostalgia y las dudas. La anciana reina Ardid fue en su tiempo la muchachita confusa de *Pequeño teatro*. Pero ésta, sin saberlo, ostentaba una ventaja sobre aquella: podía confiar en el futuro. Ardid, tras su intento por proteger a su hijo (esa parte de sí misma, diminuta y liviana e indefensa), sabe que el cofre de Pandora se cerró antes de tiempo, y que en el mundo no hay muchas razones para aguardar nada.

Las hubo, antes de crecer, cuando aún era coherente jugar a ser abuela, pretender que se sabía todo, que se curaba a los nietos, que una historia podía prestar sentido al mundo.

Nueva ruta de Air Europa Madrid - Caracas

A partir del 1 de noviembre. Vuelo diario.
Con conexiones a toda Venezuela.

Tarifa Bienvenida **600€**
99.832 Ptas.

En colaboración con:
AEROPOSTAL
ALAS DE VENEZUELA
www.aerpostal.com

Infórmese en su agencia de viajes
o en Air Europa on line 902.401.501

AirEuropa
www.aireuropa.com